



á darle cuenta de las naciones á las cuales les ha comisionado, y de los individuos que ha sometido á su guarda. Satanás, el adversario, viene también á acusar á los hombres ante Dios, y saber que le sea permitido afligir y tentar. Está en la presencia de Dios, como el ciego ante la luz del sol, sin verle. Veamos ahora cómo usó del permiso que se le dió.

Un día en que los hijos de Job celebraban un convite en la casa de su hermano mayor, vino un mensajero á Job y le dijo: «Señor, estando arando tus bueyes y paciéndolo junto á ellos los asnos, hicieron una irrupción los sabeos, quitaron la vida á los mozos, se lo llevaron todo, y yo sólo he podido escapar para traerte la noticia.» No bien había acabado de hablar este hombre, cuando llegó otro y le dijo: «Un grande fuego ha descendido del cielo, que ha herido á las ovejas y á los pastores, y todo lo ha devorado y reducido á cenizas; y yo sólo he quedado, para venir á darte el aviso.» Y cuando todavía estaba diciendo esto, sobrevino otro, que le dijo: «Los caldeos, divididos en tres escuadrones, se han echado sobre tus camellos, y quitando la vida á los mozos que les guardaban, se los han llevado todos; yo sólo he podido librarme para venir á contártelo.» Y cuando aún hablaba esto, entró otro y le dijo: «Tus hijos é hijas estaban comiendo y bebiendo en la casa de tu hijo primogénito, y de repente se levantó un impetuoso viento de la parte del Mediodía, y haciendo estremecer las cuatro esquinas de la casa, y desencajándola, cayó sobre ellos, y quedaron todos sepultados en sus ruinas; y yo solamente he escapado para traerte la noticia.» Entonces Job se levantó de su asiento, y dando muestras de dolor, rasgó sus vestiduras, y mesó los cabellos de su cabeza; y postrándose en tierra adoró al Señor, y dijo señalando á la tierra: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á ella. El Señor que me lo dió todo, él todo me lo ha quitado; no se ha hecho en esto más que su voluntad; bendito sea su santo nombre.» En todo esto que pasó, Job no pecó profiriendo por sus labios palabra alguna indiscreta ó ménos comedia contra Dios.

Satanás se había alabado de que le haría

blasfemar contra Dios, y ¡hé aquí que le bendijo! El rayo, la tempestad, no han podido en él más que los ladrones.

Había dos pueblos con el nombre de sabeos. El uno descendía de Saba, hijo de Regma, hijo de Cusch, hijo de Cam; el otro de Saba, hermano de Regma, y por consiguiente también de Cam. Habitaban la Arabia, los unos hácia el mar Rojo, los otros hácia el Golfo Pérsico. Los caldeos de quienes se habla aquí, son los de esa nación que, mientras tanto que todos los demás obedecían al imperio de Babilonia, mantuvieron su independencia en medio de sus montañas, de las cuales, aun en tiempo de Ciro, salían para vivir del pillaje ó ponerse á sueldo del que quería pagarles (1). No es extraño que el enemigo de todo bien se valiera de semejantes auxiliares para hacer mal. Sin embargo, fué vencido. Job se mostró como Dios lo había dicho, perfecto, intachable; porque este es el sentido de la palabra original.

Otro día en que los hijos de Dios habían comparecido de nuevo delante del Señor, y se presentó también entre ellos Satanás, el Eterno dijo: «¿De dónde vendrás tú?» El respondió: «Señor, de rodear la tierra y recorrerla toda entera.» «¿Has considerado, replicó el Señor, á mi siervo Job?» «Señor, respondió entonces Satanás; todo lo que no toca al hombre en su persona, cuanto posee lo dará de buen grado con tal que no le toquen á la piel. Y si no tócale en lo vivo de la carne, y verás entonces las bendiciones que te da en tu cara.» Entonces el Eterno dijo á Satanás: «Pues mira, en tu mano está; pero bien entendido que no te permito quitarle la vida (2).»

Y con esto, partió Satanás de la presencia del Señor, é hirió á Job cubriéndole de una asquerosa y espantosa llaga, desde la planta de los piés hasta lo más alto de la cabeza. Y sentado en un muladar, con un pedazo de teja raía los gusanos y podrá que salían de sus llagas. Su mujer, al verle en aquel estado, le dijo: «¿Quieres aún permanecer en esa tu estupidéz y necesidad? Da bendiciones á Dios y mué-

(1) Xenofonte, *Ciropedia*, 1, 3.

(2) Job., 2, 1-8.



rete despues.» «¡Ah! mujer, le respondió Job, no muestras rastro de juicio, ni de cordura en lo que has hablado. Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males?» En todo esto que pasó, no profirió Job palabra que fuese pecado.

Satanás le había quitado ganados, casa, hijos, salud; pero le había dejado su mujer. Contaba vencerle por ella, como había hecho con el primer hombre; pero por esta vez Satanás fué vencido. Job, que sobre sus propios males guardó silencio, toma la palabra para justificar la Providencia de Dios. Su mujer le excitó á la blasfemia; mas él no se rinde ni á su mujer, ni á los ladrones, ni á Satanás; se eleva hasta esa mano poderosa que dirige todo esto por caminos de impenetrable sabiduría; y continúa sufriendo, unos dicen que durante tres años, otros que hasta siete, y algunos que hasta diez, pero siempre bastante largo tiempo para que príncipes extranjeros pudiesen venir á ser testigos.

En efecto, tres amigos de Job, que la versión y el libro de Tobías llaman reyes, oyeron todos los males que le habían sucedido, y vinieron á consolarle, cada uno del lugar donde moraba: Elifaz, de Temán; Baldad, de Suhá, y Sofár, de Naamath. Luego que llegaron, y que de lejos le alcanzaron á ver, no le conocieron. Y así, alzando el grito y llorando, rasgaron sus vestiduras y echaron polvo al aire para recibirlo en su cabeza. Y se estuvieron sentados en tierra, acompañándole siete días y siete noches, sin que ninguno de ellos le dijese una sola palabra, porque veían el extremo dolor que le afligía (1).

Estos son tres amigos verdaderos; no abandonan á Job en el infortunio, y toman parte en sus sufrimientos. Mas no comprendían que Dios puede afligir á los justos, ya para hacer brillar en ellos la gloria de su gracia, ya para hacerles más justos todavía, ya para darles como ejemplo á los siglos futuros, ya, por último, por otra multitud de razones que nosotros no conocemos. Tenían el celo por Dios, pero su celo no era bastante perfecto. Como consue-

(1) Job, 2, 11-13.

cia de este error, en vez de consolar á Job, cuando el dolor le arrancara lamentos, le agobiaban con reflexiones impertinentes é injuriosas; se esforzaban con discursos llenos de elocuencia para arrebatarle el único bien que le queda, el testimonio de una buena conciencia, persuadiéndole que Dios no castiga de esta suerte más que á los malvados. El defenderá contra ellos, con más elocuencia todavía, la sabiduría de Dios y su propia inocencia.

Había sin duda notado en ellos estas disposiciones, cuando, en fin, abrió la boca y maldijo el día de su nacimiento, diciendo: «¡Perezca el día en que yo nací, y la noche en que de mí se dijo: «Concebido ha sido un hombre sobre la tierra!» ¡Conviértase en tinieblas aquel día! ¡No tenga Dios cuenta con él desde lo alto, ni de luz sea alumbrado! ¡Quede sepultado en tinieblas y sombra de muerte; cérrale la oscuridad, y sea envuelto en amargura! ¡Sea aquella noche ocupada de tenebroso torbellino, y no se cuente más en el número de los días, ni de los meses del año! ¡Quede como excomulgada y separada de las otras, y no se oigan en ella voces, ni cánticos de alegría! ¡Maldiganla todos los infelices que reniegan del día en que nacieron, y todos los que se hallan prontos para despertar á Leviatán. (Estos eran ciertos pueblos del Africa que maldecían al sol, á causa de su calor excesivo, y que insultaban al mismo tiempo al cocodrilo, acostumbrado á dormir durante el día sobre las orillas del Nilo.) ¡La oscuridad de esta noche ofusque el resplandor de las estrellas, que espere la luz del otro día, y no llegue á verla, ni nazca la aurora sobre ella, por cuanto me sacó del vientre de mi madre para padecer miserias y males en que me veo! ¿Por qué no morí en el seno de mi madre? ¿O por qué no perezca en el mismo punto en que nací? ¿Por qué me recibieron en las rodillas? ¿Por qué me arrimaron al pecho para que mamase? Estaría ahora durmiendo en el silencio de la muerte, reposaría en mi sueño, juntamente con los reyes y potentados de la tierra, que se erigen máusoleos y magníficos sepulcros en sitios despoblados, ó con los poderosos que poseen oro y llenan sus casas de riquezas, ó bien subsistiría á semejanza de un



abortivo, que luego lo esconden y quitan de la vista, ó como los que, habiendo sido concebidos, no vieron luz. En el sepulcro cesa, por último, el gran ruido que movieron los impíos; allí es donde hallan el reposo aquellos cuyas fuerzas se gastaron con los trabajos y faenas de la vida. Allí descansan sin recibir la menor molestia y sin temer la voz del que ni siquiera les dejaba respirar; los que estaban destinados á arrastrar juntos una cadena y á los trabajos penosos. Allí están los grandes y los pequeños; allí los esclavos, libres ya del rigor con que los trataba su señor. ¿Por qué se ha concedido la luz á un desastrado como yo? ¿y por qué se ha dado la vida á los que la pasan en amargura de corazón? ¿Por qué se concede á aquellos, que esperando la muerte y deseándola con mayor anhelo, que aquel con que se cava en busca de un tesoro, huye de ellos, y se sienten trasportados de alegría cuando la ven ya cercana? ¿Por qué á un hombre que va por un camino que no conoce, ni sabe adónde volverse, por qué Dios le ha rodeado todo de tinieblas? Me cuesta pena y suspiros el llegar la comida á la boca, y mi voz ruge como aguas que se precipitan de los montes. No fueron vanos mis temores, pues veo sobre mí los mismos males y calamidades que temía. ¿Acaso no llevé con resignación, con silencio y con paciencia mis primeras calamidades? Mas no por eso ha dejado el Señor de darme muestras de su terrible cólera é indignación (1).»

«¡Satanás es aún vencido! Se había alabado de que Job maldeciría á Dios en su cara; y en lo más amargo de sus gemidos no maldice más que el día de su nacimiento, el día en que ha sido concebido en iniquidad y engendrado en pecado, porque este pecado es la causa principal de los males que sufre. Su maldición cae, finalmente, sobre el pecado y sobre aquel que es su autor. Ella no se reduce, en el fondo, más que á decir en lenguaje más sublime lo que nosotros decimos todos los días en un lenguaje más sencillo: «No nos dejes caer en tentación, más libranos de mal.»

Elifaz de Temán veía perfectamente que tal

(1) Job, 3.

era el sentido de las palabras de Job, porque sin hacerle ninguna tacha particular, hé aquí en qué tono habla: «Temó, Job, que si entramos en disputas, te ha de ser muy molesto; pero ¿quién podrá dejar de decir lo que tiene encerrado dentro de su pecho? Tú en otro tiempo amaestrabas y dabas consejos á los otros, alentándolos y consolándolos cuando los veías tristes y caídos. Con tus palabras sostenías á los que ya vacilaban, impidiendo que cayesen. Mas ahora que te ha tocado y venido sobre tí este azote, veo que flaqueas y que estás todo turbado. ¿Qué se ha hecho, dime, aquel tu antiguo temor de Dios (si fué verdadero); tu paciencia y la perfección de tu vida? Vuelve hácia atrás los ojos, y registra si hubo jamás algún inocente que caminase con corazón sano delante de Dios, que haya perecido. Yo, por el contrario, he visto que los impíos pararon siempre en mal, y que recogiendo aquello mismo que sembraron, perecieron sin recurso al menor soplo de la divina indignación que se encendió contra ellos. No te tengas, no, por justo; te diré una palabra que me ha sido declarada, y una parte de su blando susurro que llegó á mis oídos. En el horror de una visión nocturna, cuando todos los sentidos del hombre están sepultados en profundo sueño, quedé repentinamente poseído de temor y todo temblando, y se estremecieron todos mis huesos; y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los cabellos. Púsose delante de mí uno, cuyo semblante no pude conocer; se me presentó á mis ojos un espectro, y oía una voz delicada, como de viento muy suave, que me dijo: «¿El hombre será más justo que Dios? ¿O una criatura podrá creerse más pura que el mismo que la crió? Si aquellos espíritus que Dios crió prevaricaron, ¿qué será, pues, de los que moran en casas de barro, y están cimentados sobre tierra, y que serán consumidos como el vestido es consumido de la polilla (1)?»

Uno de los primeros errores del Oriente ha sido creer que después de haber criado Dios el mundo, le abandonó al gobierno de sus ánge-

(1) Job, 4.



les. Sin duda él les emplea como sus ministros; pero no descansa sobre ellos.

«¡Ojalá, respondió Job á Elifaz, que pudiesen ponerse en dos balanzas los pecados con que merecí esta ira de Dios y los males que padezco! Se vería luego que estos, en comparación de aquellos, pesaban más que la arena de la mar. Mis palabras están llenas de dolor, porque las saetas del Señor están en mí; su veneno consume mi espíritu, y espantos del Señor militan contra mí. ¿Quién diese que se cumpliera mi petición, y que Dios me concediera lo que espero? No quiero oponerme á la voluntad del Santo por esencia; antes, por el contrario, lo que deseo y lo que sería para mí un gran consuelo, es, que agravando más y más su mano, me acabara, y muriera yo perfectamente resignado en su divina voluntad. Porque ¿cuál es mi fuerza para sufrir siempre, ó cuál mi fin para portarme con paciencia? Mi fortaleza ¿es la fortaleza de las piedras? ¿Mi carne es de bronce? No encuentro socorro para mí; aun mis amigos me han abandonado (1).»

«Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y sus días parecidos á los días del jornalero. Como el esclavo desea la sombra, y como el jornalero aguarda el fin de su trabajo, así también yo tuve meses de mucha aflicción y conté noches de insomnio. Si me echo á dormir, digo: «¿Cuándo será el día (2)?» Y por la tarde y por la mañana me hartaré de dolores. Mi carne se ha vestido de podre y de inmundicias de polvo, y mi piel se ha secado y se ha encogido. Si digo: mi lecho me consolará, mis pensamientos aliviarán mi cama; me aterras con sueños y me estremeces con horribles visiones. ¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas y pongas sobre él tu corazón? Le visitas de madrugada, y de repente le pruebas. ¿Hasta cuándo no me perdonarás y no me permitirás respirar? ¡Pequé! ¿Qué haré contigo, oh guardador de los hombres? ¿Por qué me has puesto contra tí y he sido hecho pesado para mí mismo? ¿Por qué no quitas mi pecado y por qué no retiras mi iniquidad? Hé aquí que yo ahora

(1) Job, 6.

(2) Segun los Setenta.

voy á dormir en el polvo, y si me buscases por la mañana, no subsistiré (1).»

Baldad Suhita sostiene que las desgracias de Job son la pena de sus pecados; trata su virtud de hipocresía, y le exhorta á convertirse. ¿Por ventura Dios pervierte el juicio? ¿O el Omnipotente trastorna lo que es justo? Aunque tus hijos hayan pecado contra él y los haya dejado en mano de su iniquidad, sin embargo, si tú te levatares de mañana á Dios y humildemente rogares al Omnipotente, si limpio y recto caminares, se apresurará al punto para socorrerlos y volverá la paz á vuestra morada, donde vivireis en justicia; y vuestra primera fortuna será pequeña en comparación de la última. Pregunta, pues, á la edad pasada, y escudriña atentamente las memorias de los Padres (porque nosotros somos de ayer y lo ignoramos, pues nuestros días pasan sobre la tierra como sombra); ellos te enseñarán, te hablarán, y del fondo de su corazón sacarán estas sentencias: «¿Un junco puede conservarse verde sin humedad? ¿ó crecer un carrizo sin agua? Cuando aún está en flor, si la humedad le falta, se seca sin que mano le toque antes que las otras yerbas. Tal es la suerte de todos los que olvidan á Dios; así perecerá la esperanza del hipócrita (2).»

«Verdaderamente sé, respondió Job, que así es, y que el hombre no será justificado comparado con Dios. Si él le pide cuenta de sus acciones, entre mil, no podrá justificar una sola. Dios es sábio de corazón y poderoso de fuerza. ¿Quién le resistió y tuvo paz? El trasladó los montes, sin que ellos se aperci bieran; él es quien los trastorna en su furor. El conmueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen; él manda al sol y no sale, y cierra las estrellas como bajo de sello. El solo extendió los cielos y camina sobre las ondas del mar. El es quien ha hecho la constelación del Arcturo, del Orion y las Hiadas, y las que están más próximas al Mediodía. El hace cosas grandes é incomprensibles, y cosas maravillosas que no tienen número. Si viniere á mí, no le veré; y

(1) Job, 7.

(2) Ibid., 8.



si se retirase no me aperibiré. Si pregunta de repente, ¿quién le responderá? ó quién puede decirle: ¿por qué haces esto? El es Dios, y ninguno puede resistir á su cólera. Debajo de él se encorvan los que llevan sobre sí el orbe. ¿Pues quién soy yo para responderle y para atreverme á hablarle? Aun cuando yo fuera justo, no responderia, sino que imploraria á mi juez. Y aun cuando escuchare mi súplica, no creo que haya oído mi voz, porque con torbellino me quebrantará, y multiplicará mis heridas aun sin causa. No me deja respirar, y me llena de amarguras. Si se busca fortaleza, Él es Omnipotente; se trata de justicia, ¿quién podrá emplazarle un dia? Si quisiere yo justificarme, mi boca me condenará; si me mostrare inocente, me convencerá que soy malo. Aun cuando fuere sencillo, lo ignorará mi alma y me fastidiará de mi vida. Todó lo que he dicho se reduce pues á esto: Dios aflige en este mundo al justo y al impío; por consiguiente, es una injusticia creer que soy culpable porque soy afligido (1).

«Oh Señor, yo me recelaba de todas mis obras, sabiendo que no perdonabas al delincuente. Y si aun así soy un impío, ¿por qué he trabajado en vano (2)?»

«En el estado en que me veo, me da hastío el vivir más tiempo; dejad, Señor, que yo hable un poco en mi defensa; permitase un desahogo á una alma llena de amargura. Diré á mi Dios: ¿Quereis condenarme? Sea así, condenarme como querais; mas decidme, ¿qué modo de proceder es este que quereis usar en mi causa? Yo soy obra de vuestras manos; y esto no obstante, parece que dejais correr libremente las calumnias de mis enemigos, que no entienden vuestra manera de juzgar, y creen que favoreceis su intencion. Para conocer mi inocencia, no necesitais de pruebas exteriores; las sabeis por vos mismo, vuestros ojos no son de carne, ni vuestra vista es limitada como la del hombre. Vuestros dias y años no son como los dias y años de los hombres. Ni teneis necesidad de dias ni de años para indagar si yo he cometido

(1) Job., 9, 2-22.
(2) Ibid., 28 y 29.

do ó no alguna falta, ó si soy inocente. Vos lo sabeis sin tantas pruebas, y á la menor insinuacion vuestra estoy en vuestro poder. Siendo yo de piés á cabeza obra de vuestras manos, parece que por esta razon debiais conservarme, y no deshacerme de este modo. Acordaos, que como barro en manos de alfarero, así me formasteis; y que por mi natural condicion luego he de ser reducido á polvo. Así como de la leche cuajada y esprimida se forma el queso, del mismo modo formasteis mi cuerpo. De huesos y de nervios bien unidos me formasteis, de piel y de carne me cubristeis. Vida me disteis, y bienes inestimables, y vuestra solicitud y providencia no se han apartado, para conservármela hasta este punto. Aunque esto disimulais afigiéndome con males tan terribles, esto no obstante, bien sé que nada se os oculta. Si os ofendí, y por entonces me perdonásteis, ¿por qué ahora volveis á renovar la memoria de mis culpas pasadas? Si he sido un impío, ¿ay de mí! no os satisface todo el mal que sufro; y si justo é inocente, no me vale para no ser azotado y afligido. Y por mi soberbia, si me tengo por justo, me traspasarás; como un cazador á una leona, me volverás á atormentar de un modo portentoso (1).»

Semejantes ideas y expresiones admirarán á más de un lector. Los que conocen á dos Santos modernos, comparables á Job por la eminencia de sus virtudes, la solidez de espíritu y grandeza del alma, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, no se admirarán desde luego. Han aprendido de ellos que por ciertas pruebas incomprendibles, Dios conduce á las almas privilegiadas á la cumbre de la perfeccion; pruebas ya dulces, ya terribles, en las que el hombre muere sucesivamente para la vida de los sentidos y para la vida puramente humana, para vivir en fin una vida enteramente divina; muerte y vida místicas, de las cuales la vida y la muerte corporales no son más que una sombra. Saben tambien que todos los dias se verifica, en las almas santas, lo que ha dicho un filósofo pagano: Dios que ama apasionadamente á los buenos, y que quiere hacerles mejores y más ex-

(1) Job, 10, 1-16.



celentes en cuanto posible sea, les asigna un hado para ejercitarles. Es un espectáculo verdaderamente digno de Dios, ver á un varon fuerte presa del infortunio (1).

No hay heroismo alguno que sea comparable á este heroismo del sufrimiento cristiano:

(1) *Miraris tu, si Deus ille bonorum amantissimus, qui illas quam, optimos esse atque excellentissimos vult fortunam illis cum qua exerceantur assignat?— Ecce spectaculum dignum, ad quod respiciat Deus: ecce par Deo dignum, vir fortis cum mala fortuna compositus.* Séneca, *De Provident.*

cuando la mano de la justicia de Dios se deja sentir sobre la frente de la criatura, y esta se inclina respetuosamente y acata y venera y besa la misma mano que le humilla y abate, entonces aparece digna obra de Dios, y se ennoblece en tan alto grado aquella criatura, que hace simpática la desgracia y envidiada su muerte. Igual suerte alcanzan los imperios y naciones, cuando del seno de sus desventuras logran alcanzar virtudes para la vida pública y social.